

Luz de agua. Una teoría de la electricidad entre los nahuas

David Lorente Fernández

Instituto Nacional de Antropología e Historia, México ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/reaa.93728>

Cómo citar: Lorente Fernández, David. 2025. “Luz de agua. Una teoría de la electricidad entre los nahuas”. *Revista Española de Antropología Americana* 55 (1): 143-149.

Introducción

El interés de los nahuas por la electricidad y, especialmente, las explicaciones acerca de su origen surgieron en charlas sostenidas durante trabajos de campo que tuvieron lugar en dos regiones diferentes. Una fue realizada en la Sierra de Texcoco y otra, más breve, en la región de Cuetzalan, Puebla. Significativamente, y pese a la diferencia entre ambas áreas –una aledaña a la Ciudad de México y la otra en la Sierra Norte de Puebla–, ambos planteamientos se apoyaron en una lógica emparentada, lo que permite especular que los nahuas acudieron a premisas análogas y a un marco cosmológico explicativo relativamente semejante.

En ambos contextos, la electricidad y la luz eléctrica fueron puestas en relación inversa con aquella luz que deriva del Sol. Luz solar y luz artificial aparecían como estrechamente asociadas –y designadas con el mismo término: *tlānextli* en náhuatl, *nexti* en náhuat¹– pero de signo opuesto. La luz solar irradia de una entidad celeste vinculada con una deidad y comparte la naturaleza y cualidades de la fuente de la que procede. Tonal, el Sol, es por definición irradiador de energía “caliente”. Por el contrario, la luz eléctrica es, *stricto sensu*, “fría”, pues su origen remite al elemento “agua” y comparte sus cualidades. En suma, la cálida luz solar se opone a la luz fría del agua, la primera es indispensable para la existencia de los seres vivos, la segunda permite la acción de los aparatos del mundo humano. Pero hay que tener cuidado: ambas clases de luces son “naturales” en el mundo nahua; no existe una oposición que defina a una de ellas como “natural” frente a la otra tenida, contrariamente, por “artificial”. Este contraste inexistente parecería absurdo y marca una distancia entre su mundo y el nuestro².

En mi investigación etnográfica con los nahuas de Texcoco³, un anciano reflexionó sobre los postes de madera del tendido eléctrico que atravesaban la población y pasaban junto a su casa. Se trataba de troncos de árboles desprovistos de ramas y clavados en el suelo de tierra, que se

¹ El náhuatl de Texcoco pertenece al subárea dialectal nuclear del náhuatl moderno, dentro del náhuatl “central”. Náhuat es la variante de la Sierra Norte de Puebla, que usa la *-t* en lugar del dígrafo *-tl*.

² Mundos distintos en el sentido de ontologías diferenciadas (Descola 2012).

³ La Sierra de Texcoco es una región de ascendencia nahua ubicada a 40 km al oriente de la Ciudad de México; realizamos allí trabajo de campo desde 2003. Sobre la región serrana y nuestra investigación,

unían entre sí por la consabida línea colgante sostenida en sus extremos superiores. Pese a haber residido allí durante meses por varios años, yo no había reparado en la presencia ubicua de aquellos objetos que puntuaban el hábitat semidisperso característico de la Sierra. Charlando, indagué en la concepción elaborada por los nahuas sobre los postes hundidos en la tierra, el agua que, asumían, recorría gran parte de la zona de manera subterránea, y los cables que surgían de ellos. Los postes no se percibían como la forma de conducción o traslado de una energía que se originaba lejos y era llevada a otro lugar por medio de aquel entramado. Eran en sí mismos la forma de obtener la electricidad. Cada poste respondía a la misma lógica y replicaba el mecanismo de extracción, que sacaba esa energía de abajo. Cada poste equivalía a un mecanismo independiente de succión. El anciano de la casa planteó la concepción en respuesta a mi pregunta acerca de dónde salía la luz. Sorprendido ante la ignorancia de alguien a quien, por asistir a la universidad, concedía cierto conocimiento sobre esos temas, espetó: ¿No sabes eso? Quise que me explicara eso y, molesto por algo tan obvio, resumió: “La luz es tierra y agua”. Y al ver mi cara contrariada: “¿Con qué hace contacto el palo, a ver? Ahí abajo hay tierra y hay agua, ¿no? La tierra hace contacto con el agua, sube por el palo y va al cable. Así todos”. La electricidad surgía de la interacción subterránea de la tierra y el agua, elementos estrechamente relacionados en el pensamiento nahua, y a ello había que agregar otro aspecto: la interacción ocurría en un mundo subterráneo, oscuro. Imaginé la sucesión de postes del tendido extrayendo, uno por uno, a lo largo de kilómetros por la Sierra, una energía que se generaba interactuando en la oscuridad bajo la superficie⁴ la tierra y el agua, para ascender después. Pude registrar en la grabadora la continuación de la explicación del anciano:

“La corriente [eléctrica] también es de agua. Porque de dónde está saliendo, ¿a ver? ¿No están enterrados hasta adentro [los postes], los que mantienen la luz? Ajá. Porque hace contacto con la tierra. La tierra y el agua. ¿Cómo... cómo va a haber luz? Es una parte de tierra y una parte de agua. ¡Sí! ¡Porque no crea que nomás pura tierra, no! Es tierra y agua”⁵.

Mi interlocutor nahua parecía querer destacar que la electricidad no derivaba de un sólo elemento, sino que era el resultado de la combinación de dos componentes vinculados subterráneamente: “es una parte de tierra y una parte de agua”. Esto es, que la generación de electricidad se derivaba de un contacto, del carácter de relacionalidad, y esta relacionalidad cosmológica acontecía bajo la superficie, donde la tierra y el agua se vinculaban para dar lugar a algo que se creaba a partir de ellos y compartía sus cualidades. “¿No están enterrados hasta adentro [los postes], los que mantienen la luz?” “Enterrados hasta adentro” revelaba que se gestaba en las profundidades, que los postes alcanzaban con su verticalidad.

Esta luz de calidad “fría”, al mismo tiempo ctónica y acuosa, lograba que las máquinas y vehículos de la Sierra funcionaran, y los transformadores la acumulaban. Y era la que brillaba en las bombillas al encender el interruptor.

En mi investigación en la Sierra Norte de Puebla –concentrada en la ciudad de Cuetzalan y la comunidad de Ayotzinapan⁶, cercana a la misma–, registré durante una larga charla una explicación espontánea y en parte semejante que remitía a una concepción emparentada. El hombre con el que hablaba sobre remedios terapéuticos se refirió a un recurso de calidad fría para tratar una enfermedad caliente, producida por una larga exposición al sol, y en una asociación con la noción de “frío” agregó:

véase Lorente (2011, 2020, 2022a). La metodología etnográfica empleada tanto en Texcoco como en la Sierra Norte de Puebla aparece discutida en Lorente (2021).

⁴ El concepto de oscuridad puede remitir también en este contexto a lo “oculto” (Chamoux 2016: 38).

⁵ C. E., 64 años, Santa Catarina del Monte, 29 de junio de 2004.

⁶ Ayotzinapan (“El lugar de las tortugas”, llamada así por la abundancia de galápagos de río) es una pequeña localidad vecina a San Miguel Tzinacapan, en el municipio de Cuetzalan del Progreso. Llevamos a cabo trabajo de campo durante distintas temporadas en 2012 y 2013 (véase, al respecto, Lorente 2022b, 2023, 2024a).

“Es como la luz [eléctrica]. La luz se prende y es agua [se refería a la luz eléctrica y a encender el interruptor]. La luz es agua. Pues están jalando el agua de debajo... de la tierra. Es fría, por eso congelan los congeladores. Porque no es caliente: es fría. [Y aclaró:] La luz del Sol es caliente, pero la luz eléctrica es fría”⁷.

Lo que salía al prender el interruptor era “agua”: la corriente eléctrica se asimilaba con el agua. Pero en su origen y procedencia remitía a una interacción con la tierra en el ámbito del subsuelo: “están jalando el agua *de debajo...* de la tierra”. Esto es: era el agua de las profundidades subterráneas que coexistía con la tierra en tanto elemento lo que emergía en forma de electricidad. Este origen se asociaba con su cualidad térmica y, en consecuencia, con algunas utilidades atribuidas a la energía eléctrica: “por eso congelan los congeladores”. La luz eléctrica era “fría” como el agua que –constitutiva de la electricidad– manifiesta de forma paradigmática esta condición. Se oponía en consecuencia a la luz y la energía solar, elementos de naturaleza prototípicamente “caliente”. A su vez, la luz eléctrica no se asociaba directamente con la vida, como la luz del Sol que anima y vivifica las plantas, sino con las bombillas y máquinas.

Cabe notar que tanto en la concepción documentada en Texcoco como en la Sierra Norte de Puebla no se habla de deidades, señores o entidades dueñas de este recurso. En la producción eléctrica no se hace intervenir en apariencia a ser alguno, sino la interacción de elementos que coexisten en un oscuro ámbito subterráneo. Tampoco se menciona una ofrenda o “pago” que hubiese que ofrecer a cambio al responsable de la luz eléctrica, como un bien procedente de otro ámbito del cosmos. Pareciera tratarse de algo cuya obtención no hiciera incurrir a quien lo adquiere en una deuda de reciprocidad, como si resultase legítimo extraerlo libremente.

Lo que enfatizan los nahuas de ambas regiones indicando los postes o hablando de un ámbito inferior situado bajo la superficie terrestre es que la electricidad se genera en las profundidades, en un mundo otro bien conocido en ambas cosmologías. El “frío” de la luz eléctrica se vincula con un ámbito ontológico –el mundo oscuro de abajo– diametralmente opuesto al ámbito solar ubicado conceptualmente en la región celeste y superior, dominada por la figura del Sol. Si la luz solar emana de un dominio luminoso, la luz eléctrica se produce en un ámbito de oscuridad, un dominio ontológico que en ambos casos se encuentra estrechamente identificado con la presencia de agua⁸.

No deja de ser significativo que ni en los testimonios presentados ni en otras conversaciones que mantuve al respecto se recurra al término energía o se use el calificativo de eléctrico, con los que los nahuas de ambas regiones se hallan familiarizados. Cuando hablan en español, siempre emplean el término “corriente” para designar la luz eléctrica. Corriente enfatiza la idea de algo que fluye, que corre y se desplaza al igual que el agua, que puede ir de un lugar a otro, como el líquido que brota del interior de los cerros y recorre las comunidades a través de manantiales y riachuelos, en el dominio de los seres humanos.

Hay, pues, una luz generada por el astro diurno y otra creada en el nivel subterráneo, aunque ambas, designadas del mismo modo –*tlanextli*, en Texcoco; *nextli*, en Cuetzalan– son de naturaleza ontológica distinta.

Los seres del mundo oscuro donde se produce la otra luz

Es clarificador estudiar la relación que tienen con ambas luces los seres de ese mundo otro donde se genera la *otra* luz. Se trata de mundos caracterizados por la oscuridad y que dependen del “exterior”, es decir, del mundo solar terrenal.

Los nahuas de Texcoco explican que el mundo otro ctónico-acuático está habitado por los *ahuaques* o espíritus “dueños del agua”. La oscuridad de este mundo se identifica con su carácter

⁷ J. V. 60 años, ciudad de Cuetzalan, 16 de junio de 2013.

⁸ Para estas concepciones en la Sierra de Texcoco, Lorente (2011); entre los nahuas de la Sierra Norte de Puebla, Knab (2004).

presolar, ancestral, pues es un espacio-tiempo que precede al mundo creado con la primera salida del Sol⁹.

Este mundo oscurecido no posee ninguna luz, pese a constituir el lugar donde se origina la luz de la relación entre la tierra y el agua, que surge por los postes eléctricos. Sin embargo, se indica, los seres del interior no pueden emplearla como electricidad. Pareciera que es al “salir” al mundo solar cuando se torna en tal. Un aspecto importante es que la naturaleza oscurecida y presolar de este mundo se vincula estrechamente con su carácter carencial. Esto implica que gran parte de sus elementos constitutivos procedan del exterior –el mundo solar de los seres humanos–, donde los habitantes del mundo otro deben abastecerse de recursos y alimentos. Así, se dice que los *ahuaques* necesitan visitar el mundo de los seres humanos para aprovisionarse de la luz y de la fuerza calórica del Sol (“salen a mediodía a calentarse y alimentarse”). Pero, como se trata el suyo de un mundo urbano y altamente tecnificado, también requieren de luz eléctrica. Con el fin de obtenerla, se sirven de los rayos y relámpagos de las tormentas, un mecanismo predatorio. Los nahuas explican –nombrándolos con un eufemismo– que

“ellos toman de acá [el mundo humano] la energía para hacer su luz en ese mundo [otro], donde hay ciudades y calles con alumbrado, rascacielos con ventanas y una línea de tren que da servicio como el metro de la Ciudad de México. De la energía que ellos toman de acá de la Sierra cuando se llevan la luz porque pega el rayo en los cables, en un transformador o un tractor, de esa misma energía hacen ellos su luz allá”¹⁰.

Los *ahuaques* depredan la luz eléctrica que, aunque surgida de su mundo, no es sino en el de los seres humanos donde se manifiesta como energía eléctrica. Fulminan con rayos los receptáculos terrenales que la albergan: cables, transformadores o tractores. Los rayos la llevan de regreso al mundo ctónico-acuático para hacer funcionar sus máquinas y vehículos o para iluminar las ciudades que allí prosperan. En suma, el mundo otro oscurecido requiere de la energía eléctrica para operar y mantenerse activo, pero también para atenuar, así sea circunstancialmente, la oscuridad imperante. Si la luz solar es un nutriente y un remedio contra el “frío” que caracteriza al mundo otro, la luz eléctrica sustenta la estructura urbanística y de transportes y permite ver en las condiciones ontológicas presolares. Ambas luces existen en el mundo humano y los *ahuaques* las obtienen, sea por exposición corporal, sea por rapiña atmosférica.

Por su parte, entre los nahuas de la Sierra Norte de Puebla se constata también un mundo de oscuridad situado “abajo” respecto al mundo de los seres humanos, aunque esta localización conceptual remite más bien a una situación de otredad ontológica con respecto al mundo terrenal¹¹. Talocan se asocia con el interior de la tierra, donde hay agua. Lo describen las oraciones de los curanderos que acceden en sueños a este lugar: “En talocan no hay luz / en talocan no hay día / en talocan no hay sol” (Knab 1991: 38). Reviste, como el de Texcoco, un carácter carencial atribuido a su oscuridad: “*Talocan* difiere de nuestro mundo por su falta de plantas, las plantas necesitan la ‘luz’ o ‘gracia’, *nexti*, del cielo, *ilhuicac*, para crecer”; “*Talocan* es un mundo de oscuridad” (Knab 1991: 37). El de los seres humanos es por contraste un mundo iluminado por el Sol, que se identifica con Jesucristo, quien vivifica el mundo y “mantiene la vida del hombre sobre la tierra con su ‘santísima luz’ o ‘gracia’ ” y su calor (Knab 1991: 40). La noche humana y el Tlalocan se identifican por compartir condiciones ontológicas análogas; por eso se dice: “Noche es tiempo de allá” (Knab 1991: 50). Si el mundo solar de la humanidad actual está definido por la presencia del Sol, la ausencia de éste en el Talocan remite a un espacio-tiempo presolar. El vínculo entre la

⁹ Sobre ésta y las siguientes concepciones, véase un análisis en Lorente (2011, 2022a, 2024b).

¹⁰ M. E. 62 años, Santa Catarina del Monte, 27 de octubre de 2004.

¹¹ Recurrimos a la etnografía de Knab (1991, 2004) sobre el “inframundo” de San Miguel Tzinacapan, comunidad vecina a Ayotzinapan, donde realizamos trabajo de campo y de la que proceden nuestros datos. Sobre el mundo otro de la Sierra Norte de Puebla, escribe Duquesnoy que Talocan “es mucho más que una ubicación en términos geométricos [que remitan al nivel de] abajo, inferior [...], toda iniciativa para ubicar Talocan dentro de los puntos cardinales es vana. [...] Talocan se extiende a lo largo de *taltikpak* [el mundo terrestre] aunque no pueda localizarse con una precisión absoluta” (2015: 6).

noche y el mundo otro se pone claramente de manifiesto en ser ambos espacios-tiempos por los que transitan fácilmente los mismos seres, como revela el día de la festividad del mundo otro: “La gran fiesta de *talocan* es la noche del 28 de septiembre cuando todo el inframundo trata de salir y hacerse cargo de la superficie del mundo” (1991: 54).

Esta salida obedece a la necesidad de nutrición en el mundo de los seres humanos; los habitantes de la oscuridad de Talocan acuden a aprovisionarse de las ofrendas ofrecidas ese día por los nahuas; de no recibir alimento, se tornan agresivos y depredadores, pues dependen de los humanos para nutrir su mundo carencial: “Los del inframundo no producen nada y por eso ‘si la gente no deja nada, no tienen qué comer, comen solamente de las ofrendas, y si no las reciben comen gente también’ ” (Knab 1991: 54).

Esta rapiña “exterior” también implica tanto la toma de luz solar del mundo actual cómo, se infiere, de luz eléctrica.

Los seres de la oscuridad requieren de la luz solar, “*nexti*, también glosada como ‘gracia’, que hace posible la vida en la superficie de la tierra, proporcionando calor y la chispa de vida que anima el cuerpo y el alma” de los seres humanos (Knab 2004: 13). No la toman, empero, como los de Texcoco, de manera directa, sino a través de aquellos objetos y alimentos ofrendados que incorporan la potencia lumínico-calórica del Sol. No obstante, la obtención de este recurso puede darse también depredando seres humanos y apropiándose del principio vital, pues “carece[n] de nuestro valor energético caliente, nuestro tonal” (Duquesnoy 2015: 10). La energía luminosa asociada con el Sol es apetecida por los seres del mundo otro en forma de distintas sustancias, productos y seres terrenales.

En cuanto a la relación de los pobladores de Talocan con la luz eléctrica, la literatura etnográfica de la Sierra Norte de Puebla nada nos dice. Sin embargo, al igual que pudimos registrar sobre el mundo otro de Texcoco, el interior de Talocan se caracteriza en las descripciones por albergar grandes ciudades modernas –nos dice la etnografía: “existen ciudades como París y México en *talocan*” (Knab 1991: 37)–, y más explícitamente se mencionan con recurrencia “catorce ciudades de *talocan*” (Knab 1991: 49). Es dable inferir que la presencia de tecnología, artificios, vehículos y de fuentes de iluminación artificial necesitadas de luz eléctrica no resulta incoherente con esta concepción, y sería lógico concluir que su abastecimiento debería darse en el “exterior” considerando la naturaleza carencial del mundo otro. En tal caso, la luz surgida de la combinación entre tierra y agua volvería a Talocan de alguna manera, como ocurría en el mundo otro de Texcoco.

Apunte final

Ni en Texcoco ni en la Sierra Norte de Puebla parecieran concebir los nahuas una distinción semejante a la que impera entre nosotros, entre una luz natural surgida espontáneamente –irradiada por el Sol– y otra luz de carácter artificial deliberadamente producida, generada por medio ya sea de instrumentos o de procesos dirigidos por el hombre. Las dos luces serían “naturales”¹ en el sentido de que surgen de forma ajena a la intervención humana, bien por la conducta de una deidad –el Sol–, bien por la dinámica de los elementos existentes en el mundo otro, cuyo resultado puede instarse a salir pero no producirse. Que la luz eléctrica sea como el agua dice mucho de la invalidez de esta dicotomía, pues hay una luz que es Sol y otra luz que es agua. El interés indígena al hablar de la “corriente” no se centra, como entre nosotros, en el modo de obtenerla, sino en el sitio de donde sale (del que sale también el agua) o en los componentes que la forman. “Jalan el agua de debajo de la tierra”, “la luz es tierra y agua”, “la luz es como el agua”, “la corriente también es de agua, porque hace contacto con la tierra”. Si la luz solar generadora de vida en el mundo terrestre procede del cielo y del Sol, del mundo de arriba, de la era cosmogónica de la humanidad actual, inaugurada por la aparición de Dios-Sol que pone fin a los tiempos presolares, la *otra* luz procede de un ámbito de oscuridad infraterreno y acuoso, situado conceptualmente abajo en relación con el mundo solar, y perteneciente en muchos casos a una temporalidad pretérita, ar-

¹ Esta concepción podría entrar en diálogo con las nociones de Wagner (1981) acerca de lo dado y lo no dado.

caica, original. Esta luz nacida en la oscuridad es identificada ontológicamente con los elementos que la producen y definida por su calidad térmica: es una luz “fría” frente a la “cálida” luz del sol. La luz “fría” creada por la conjunción de la tierra y el agua no produce vida en la superficie terrestre, pero puede alimentar y mantener activas las máquinas, y, aunque no calienta, ilumina.

Tanto la luz solar como la luz eléctrica, entendidas en la ontología nahua, son requeridas también por los seres predadores que pueblan los mundos-otros de Texcoco y la Sierra Norte de Puebla, a quienes resultan necesarias para poder subsistir y habitar el ámbito presolar de la oscuridad¹³.

Cuando nos encontramos –nosotros y los nahuas– en contextos verbales en los que surge el concepto de “corriente” en el sentido de luz eléctrica, de una luz asociada con cables, interruptores que la “prenden” y postes distribuidos por la geografía de las comunidades, muchas veces se articula lo que cabría denominar como un “equivoco entre mundos”¹⁴. Al existir una imagen y una serie de términos en apariencia comunes, puede pensarse que el mundo dominante y el mundo indígena se están refiriendo a la misma cosa. Que todos entienden y conciben lo mismo cuando se habla de luz eléctrica. Pero más allá del término y ciertas imágenes, los postes del tendido eléctrico remiten a realidades considerablemente diferentes, ancladas en cosmologías y formas de habitar mundos que se distinguen.

Percibiendo desde aquí la realidad del otro, no estaríamos ante ninguna metáfora sino ante una verdad *sensu stricto* cuando, en tanto elemento, la luz, la corriente, es identificada y comparada por los nahuas con el agua pues –a pesar de originarse mediante la combinación subterránea de la tierra y el agua– en última instancia, cuando brota de la tierra, cuando corre por los cables, cuando “se prende” con el interruptor, la luz es como el agua. Como dicen los nahuas: la luz es agua.

Referencias

- Chamoux, Marie-Noëlle. 2016. “Los lugares de la oscuridad: epistemología náhuatl de los procesos vitales y modelos técnicos”. *Revista de Antropología* 59 (1): 33-72. <https://doi.org/10.11606/2179-0892.ra.2016.124256>.
- Descola, Philippe. 2012 (2005). *Más allá de naturaleza y cultura*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Duquesnoy, Michel. 2015. “Talokan: matriz de la cosmovisión chamánica de los nahuas en la Sierra Norte de Puebla, México”. *Andes. Antropología e Historia* 26. <https://portalderevistas.unsa.edu.ar/index.php/Andes/article/view/201/188>.
- Knab, Timothy. 1991. “Geografía del inframundo”. *Estudios de Cultura Náhuatl* 21: 31-57.
- . 2004. *The Dialogue of Earth and Sky: Dreams, Souls, Curing, and the Modern Aztec Underworld*. Tucson: The University of Arizona Press.
- Lorente Fernández, David. 2011. *La razzia cósmica: una concepción nahua sobre el clima. Deidades del agua y graniceros en la Sierra de Texcoco*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), Universidad Iberoamericana.
- . 2020. *El cuerpo, el alma, la palabra. Medicina nahua en la Sierra de Texcoco*. México: Artes de México.
- . 2021. “Introducción. La etnografía como método y como teoría: epistemología, rupturas, posibilidades”, en *Etnografía y trabajo de campo. Teorías y prácticas en la investigación antropológica*, David Lorente Fernández, coord., pp. 17-118. México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (CEMCA), Ediciones del Lirio.

¹³ Para un análisis etnográfico más amplio de los mundos-otros mesoamericanos, abordando aspectos semejantes, puede consultarse Lorente (2024b).

¹⁴ Siguiendo a Viveiros de Castro (2004), un “equivoco entre mundos” puede definirse como una relación en la que conceptos homónimos son utilizados para referirse a cosas o realidades diferentes; en el caso que nos ocupa, un término español compartido, “corriente”, remite al mismo tiempo a dos ontologías diferentes.

- . 2022a. “Entre lógicas cinegéticas y agrícolas: el chamanismo nahua en una cosmología de sacrificio”. *Journal de la Société des Américanistes* 108 (1): 11-47. <https://doi.org/10.4000/jsa.20623>.
 - . 2022b. “Los meteoritos o piedras de rayo entre los nahuas de la Sierra Norte de Puebla”. *Revista de Folklore* 483: 81-87.
 - . 2023. “El nacimiento del Sol y de la Luna entre los nahuas de Texcoco y de la Sierra Norte de Puebla (México). Breve comparación etnográfica de dos mitos contemporáneos”. *Revista Española de Antropología Americana* 53 (1): 217-223. <https://doi.org/10.5209/reea.80420>.
 - . 2024a. “Libélulas. Los insectos que traen la lluvia en la Sierra Norte de Puebla”. *Revista de Folklore* 508: 67-72.
 - . 2024b. “Mundos otros, ciudades sumergidas. Hacia una propuesta de caracterización ontológica de los mundos indígenas de alteridad en Mesoamérica”. *Estudios de Cultura Náhuatl* 67: 163-207.
- Viveiros de Castro, Eduardo. 2004. “Perspectival Anthropology and the Method of Controlled Equivocation”. *Tipiti: Journal of the Society for the Anthropology of Lowland South America* 2 (1): 3-22.
- Wagner, Roy. 1981 (1975). *The Invention of Culture*. Chicago: Chicago University Press.